

La crisis interna y las intervenciones imperialistas reaccionarias

Joseph Daher

[El conflicto que transcurre en Yemen se desarrolla en el marco de una serie de turbulencias y tensiones en el “Gran Oriente Medio”, entre ellas la derivada de la irrupción del Estado Islámico y la competencia por la hegemonía entre distintas potencias regionales, especialmente Irán y Arabia Saudí. El régimen absolutista de este último país, protagonista de la intervención exterior en Yemen, acaba de anunciar el 21 de abril el cese de su ofensiva militar pero sus intereses geopolíticos en este país y en la región siguen en pie. Por eso, aun teniendo en cuenta esta reciente noticia, consideramos de interés el análisis que de los distintos actores en liza nos ofrece el autor de este artículo]

A finales de marzo de 2015 se inició contra el Yemen una intervención militar masiva, denominada “Tempestad decisiva”, realizada por 9 países árabes (cinco de los seis países del Consejo de Cooperación del Golfo (CCG) (además de Arabia Saudí, los Emiratos árabes unidos, Kuwait y Qatar, con la excepción de Omán, a los que hay que añadir Egipto, Marruecos, Jordania y Sudán) y Pakistán, bajo el liderazgo de Arabia Saudí, con el pretexto de oponerse a la milicia confesional de los Huthi (de la secta zaidí, afín al chiísmo también conocido con el nombre de Ansar Alá). Esta última tomó el control total de la capital Sanaa en enero de 2015, pero había ya una presencia militar importante desde septiembre de 2014 que llevó al primer ministro en aquel entonces a dimitir, y que se extendió desde finales de marzo hacia el sur del país.

Las fuerzas hutis estarían apoyadas por la República Islámica de Irán (RII) y habrían recibido apoyo de sus afines en la región, entre ellos Hezbolá, que ha proporcionado una ayuda logística militar. La RII, como las monarquías del Golfo, no ha dejado de intervenir en la región (Siria, Líbano, Iraq y Yemen) para apoyar a regímenes autoritarios o fuerzas reaccionarias con el fin de extender su influencia política en la región, en el trasfondo de tensiones confesionales religiosas entre suníes y chiíes, exacerbadas por la RII y las monarquías del Golfo.

El gobierno yemení del Presidente Abed Rabbo Mansour Hadi, antiguo vicepresidente del país y próximo a Arabia Saudí, país en donde se ha refugiado, y de las monarquías del Golfo, ha sido completamente derrotado por el avance de las fuerzas militares Huthi aliadas en esta ocasión con su antiguo enemigo, el exdictador Alí Abdula Saleh, que los había atacado entre 2004 y 2009 (unos

“Las razones subyacentes de la crisis del Yemen son políticas y socioeconómicas, por un lado, y regionales, por otro...”

combates que causaron más de una decena de miles de muertes y más de 30.000 personas desplazadas), también exiliado de las monarquías del Golfo y de Estados Unidos.

Saleh fue obligado a buscar una salida mediante una solución negociada por Arabia Saudí y Estados Unidos en 2011, después de que comenzara un levantamiento popular en el país, pero manteniendo el régimen intacto con la inclusión

de algunas fuerzas políticas, entre ellas simpatizantes del partido Al-Islah, formado por la rama yemení de los Hermanos Musulmanes, salafistas y líderes tribales del norte. Saleh continúa contando con la lealtad de una parte significativa del aparato de seguridad y del ejército, mientras continúa actuando como presidente del Congreso General del Pueblo, el partido en el poder en aquel momento. Saleh se ha beneficiado también, tras la solución negociada de 2011, de una inmunidad jurídica y de seguir conservando los fondos acumulados como presidente, estimados en más de 60.000 millones de dólares según un informe de la ONU de febrero de 2015.

Las conquistas territoriales de los Huthi han sido facilitadas por la debilidad del Estado desde el levantamiento de 2011, en un contexto de problemas sociales y económicos profundos. La ofensiva militar se ha desarrollado así mientras el Yemen seguía esperando desde septiembre de 2014 la aplicación de los resultados de la conferencia para el diálogo nacional (sistema federal, división del país, renegociación de los poderes del presidente), pero cuyas limitaciones fueron criticadas por muchos de sus actores, incluidos los Huthi.

Paralelamente, cuatro provincias del sur del Yemen, entre ellas la de Adén, han decidido rechazar las órdenes procedentes de la capital Sanna desde la toma de la ciudad por los hutis y dirigidas a las unidades militares y a las fuerzas de seguridad de esas regiones. La segunda ciudad del país, Adén, sigue siendo el teatro de enfrentamientos entre los partidarios y los adversarios del presidente Abed Rabbo Mansour Hadi.

Partidarios de este presidente han pedido ya a las fuerzas de la coalición promovida por Arabia Saudí que envíen fuerzas terrestres y no se limiten a los ataques aéreos. Es sin embargo muy arriesgado para Arabia Saudí lanzarse a una nueva operación militar terrestre en Yemen después del fracaso sufrido en 2009, ya entonces contra las milicias hutis en las regiones montañosas en el norte del Yemen.

Las razones subyacentes de la crisis del Yemen son políticas y socioeconómicas, por un lado, y regionales, por otro, dadas las tensiones entre el norte (el movimiento de los hutis) y el sur (con voluntad secesionista) del país frente a la autoridad central; pero el conflicto en el Yemen adopta también un color confesional cada vez más importante, sin que esto signifique que sea el dominante.

Lo hemos podido comprobar con el asesinato del intelectual huti Abdel Karim Al-Khaywani el 18 de marzo de 2015 y, más tarde, con el atentado contra las dos mezquitas zaidíes en Sanaa que provocó más de 150 muertes.

La reivindicación del atentado por la organización del Estado Islámico (EI), hasta entonces inactivo en Yemen, ilustra una dinámica devastadora. En efecto, los avances hutis en las regiones suníes del exYemen del Norte, Taëz en particular y luego Adén, producen un profundo resentimiento, que se suma a la lucha contra los grupos yihadistas suníes afines a Al-Qaeda, o que se reivindican ahora del EI.

Por otra parte, en el sur, donde la población es exclusivamente suní, se cristaliza cada vez más un rechazo de la rebelión huti y, también, del chiísmo pero también del norte. Además, la principal defensa del avance de los hutis es Al Qaeda de la Península Arábiga (AQPA), que se alía con las tribus de las zonas fronterizas entre el norte y el sur en Al-Baida, Al-Dhala o en el Yafea. En ese contexto el antihuthismo, transformado en antichiísmo, es un poderoso cemento.

La campaña militar en Yemen emprendida por Arabia Saudí ha recibido el apoyo de los gobiernos occidentales imperialistas, de Turquía y de la mayoría de regímenes árabes de la región. El presidente Barak Obama ha autorizado el suministro de apoyo logístico y de información para apoyar las operaciones militares del CCG, y se ha puesto también en marcha una célula común de planificación con Arabia Saudí. Las intervenciones de la monarquía reaccionaria de los saudíes en Yemen no son nuevas: ya en los años 60 había apoyado con todos los medios a su alcance a las fuerzas realistas del Yemen del Norte (compuesto entonces por tribus zaidíes) contra la revolución yemení que se produjo entonces, apoyada por el régimen de Nasser, a pesar de que éste último no apoyó las reivindicaciones campesinas populares.

Recordemos que Arabia Saudí, junto con las monarquías reaccionarias del Golfo, han intervenido en los diversos procesos revolucionarios de la región, jugando un papel contrarrevolucionario masivo en el apoyo a los antiguos regímenes (Túnez y Egipto) o a fuerzas reaccionarias confesionales (Siria), con la excepción de Qatar, que apoyaba a la otra cara de la contrarrevolución, los Hermanos Musulmanes. Esas divergencias han sido superadas en el caso de la intervención en Yemen, en donde podemos ver a todas esas fuerzas contrarrevolucionarias apoyar la campaña militar. Esto nos recuerda también que la competencia táctica entre Arabia Saudí y Qatar puede ser fácilmente superada cuando sus intereses conjuntos están amenazados, como ocurrió durante la intervención militar conjunta de los ejércitos del CCG en marzo de 2011 en Bahrein para aplastar un levantamiento popular contra un régimen aliado.

Esta intervención militar realizada bajo la propaganda saudí de “socorrer a un país vecino y a la autoridad legítima” tiene, por supuesto, otros objetivos: defender la esfera de influencia de las monarquías del Golfo, particularmente

de Arabia Saudí, e impedir a los hutis conquistar Adén y Bab el-Mandeb, que junto con el puerto de Ormuz constituyen el punto de paso del petróleo, o sea, cerca de tres millones de barriles diarios, y de gas del Golfo.

Hay que tener en cuenta también que desde el 11 de septiembre de 2001 Yemen es un eslabón central de la “guerra contra el terrorismo” y que fuerzas especiales norteamericanas estaban allí estacionadas, coordinando las acciones contra AQPA. Ahora, EE UU acaba de evacuar su base de Al-Anad debido al avance de los hutis hacia Adén.

Todo esto se desarrolla en el marco de una batalla interimperialista regional entre la República Islámica de Irán y el CCG con Arabia Saudí como principal impulsor. El despliegue militar masivo saudí demuestra la importancia concedida a Yemen por la monarquía: más de un centenar de aviones de combate y 150.000 soldados estarían concentrados en la frontera con Yemen. Cabe añadir que esta intervención se desarrolla en el marco de un declive relativo del imperialismo estadounidense desde 2003, lo que permite a las fuerzas regionales imperialistas jugar un papel mayor y les facilita más autonomía.

Esta campaña militar no tiene, por tanto, como objetivo defender la autodeterminación del pueblo yemení ni permitirle proseguir los objetivos del levantamiento popular iniciado en 2011. Además, las primeras víctimas de los bombardeos de esta coalición contrarrevolucionaria son los numerosos civiles yemeníes, con varios centenares de muertos y miles de heridos, por no hablar de las numerosas destrucciones causadas por los combates y los bombardeos.

Las organizaciones progresistas tienen la obligación de oponerse a esta intervención militar emprendida por una coalición contrarrevolucionaria dirigida por la monarquía saudí y apoyada por los regímenes occidentales. Asimismo, deben oponerse a las intervenciones de la República Islámica de Irán, que apoya el golpe de fuerza militar de los hutis con la ayuda del antiguo dictador Saleh. Ninguna de esas dos fuerzas aportan nada o apoyan los deseos de cambios políticos y sociales de las clases populares de Yemen y de la región.

Joseph Daher es miembro de la Corriente de Izquierda Revolucionaria de Siria y de SolidaritéS en Suiza.

Reproducido de <http://syriafreedomforever.wordpress.com/2015/04/07/yemen-et-les-interventions-imperialistes-reactionnaires/>

Traducción: *VIENTO SUR*